

**Vocación: una guía práctica para glorificar a Dios en el trabajo**

**Por Stephen J. Nichols**

## **Tabla de contenido**

<b>Introducción</b>	De 9 a 5 (la jornada laboral)
<b>Parte I</b>	SDG (solo a Dios la gloria)
<b>Parte II</b>	Trabajo el huerto
<b>Parte III</b>	Cómo no trabajar
<b>Parte IV</b>	Cómo trabajar y encontrar el significado
<b>Conclusión</b>	Construir un legado

Todo lo que hagan, háganlo de corazón,  
como para el Señor y no para los hombres

Colosenses 3:23

## **Introducción**

### **De 9 a 5 (la jornada laboral)**

Dos grupos muy diferentes de personas tienen algo profundamente interesante que decir sobre el trabajo: los reformadores del siglo dieciséis y los cantantes de música country. ¿Quién puede olvidar la canción y la película de Dolly Parton “9 to 5” [“9 a 5 (la jornada laboral)”] de 1980? Todo lo que ella puede hacer, en la letra de la canción, es soñar con una vida mejor. Por ahora, se limita a lamentarse del trabajo diario. Hoy es de 9 a 5, mañana de 9 a 5, y quedan semanas, meses, años y décadas por delante de los días de 9 a 5. Y a pesar de todo ese esfuerzo, Parton lamenta que apenas “logre salir adelante”.

También está la canción de Alan Jackson “Good Time” [“Buen tiempo”]. Se puede oír la monotonía en su voz cuando dice con esfuerzo: “Trabajo, trabajo, toda la semana”. El único momento positivo para él es el fin de semana. Libre de trabajo, libre del jefe, libre del reloj de control de asistencia. Cuando llega la hora de salir el viernes, puede pasar un “buen tiempo”. Lo anhela tanto que incluso deletrea las palabras B-U-E-N y T-I-E-M-P-O.

Las canciones sobre el trabajo han existido desde que existe el trabajo. Los esclavos cantaban sobre las penurias del trabajo en varias canciones que entonaban. A principios del siglo veinte, las cuadrillas de trabajadores ferroviarios o los aparceros que recogían algodón pasaban el tiempo cantando “gritos de trabajo”, que se gritaban entre sí como un medio de sobrevivir a condiciones brutales e implacables. Y el ritmo continúa hasta el día de hoy. Y, no solo en la música country, sino en casi todos los demás estilos de música estadounidense: el trabajo tiene mala reputación.

La semana laboral es para ser soportada, con descansos temporales los fines de semana, las preciosas y demasiado escasas semanas de vacaciones y los fugaces años de jubilación. Pocos entre nosotros encontramos satisfacción, y mucho menos dignidad, en el trabajo.

El trabajo se ha vuelto más complicado en los últimos años. La COVID cambió todo lo relacionado con el trabajo. En la primavera de 2020, todo se detuvo y, para muchos, el trabajo quedó en suspenso. Algunas empresas se recuperaron, otras se extinguieron y algunas todavía luchan por encontrar su equilibrio. Llegó el trabajo remoto y, con él, la alegría de estar disponible para más ritmos y experiencias de la vida. El tema del equilibrio entre el trabajo y la vida familiar adquirió una importancia nunca vista. Algunos renunciaron para siempre a la semana laboral de 40 a 50 horas.

Ocurrió algo más. La fuerza laboral entrante y futura, de entre 18 y 28 años, se enfrentó a un mundo nuevo y aterrador. El *Wall Street Journal* ha informado de niveles épicos de desilusión por el empleo futuro y las perspectivas económicas. Una gran parte de las personas en ese rango de edad cree que no les irá mejor económicamente de lo que le fue a sus padres. La esperanza de movilidad ascendente, esa marca de la cultura occidental durante varias generaciones, se desvanece a los ojos de los nuevos

empleados. Toda esta desilusión trae consigo niveles sin precedentes de ansiedad, depresión y una serie trágica de enfermedades mentales.

Y luego está la IA (Inteligencia Artificial), que amenaza con hacer toda la labor que corresponde al mundo del trabajo de cuello blanco (los trabajos de oficina), lo que las máquinas y los robots hicieron con los trabajos de cuello azul (los trabajos de manufactura, construcción o mantenimiento).

Cada día nos esperan noticias más sombrías, a medida que se revelan nuevos y más aterradores aspectos de este nuevo y salvaje mundo. Las guerras regionales en Oriente Medio y Europa del Este parecen no tener fin a la vista. ¿Se avecina un colapso económico? ¿Somos testigos del ocaso del Imperio estadounidense?

Pero junto a los cantantes de country, el malestar pos-Covid, los sombríos pronósticos económicos y políticos y el terreno siempre cambiante de la próxima gran revelación tecnológica, se encuentra un grupo bastante peculiar e inesperado que tiene algo que decir sobre el tema del trabajo. Este grupo son los reformadores protestantes del siglo dieciséis. Ya sea que lo creas o no, ellos tienen mucho que decir sobre el trabajo. De hecho, preferían una palabra diferente para trabajo. Lo llamaron *vocación*. Esta palabra significa “llamado”, llenando instantáneamente la noción de trabajo con propósito, significado, satisfacción, dignidad e incluso contentamiento y felicidad.

¿Desilusión, depresión, ansiedad, incluso dislocación? Conoce la vocación. Como demostrará esta guía práctica, los cristianos deben comprometerse a pensar de una manera revolucionaria, una forma transformadora, sobre el trabajo. Todavía tenemos que preocuparnos por los pagos y las tendencias y pronósticos económicos, pero podemos encontrar un ancla para resistir los mares tormentosos en los que todos hemos sido arrojados.

En manos de los reformadores, el trabajo se transforma o se reforma, volviendo a ocupar el lugar y la posición que Dios quería que tuviera.

Dado el clima cultural en torno al trabajo, nos vendría bien una reflexión histórica, teológica y bíblica sobre el mismo. Al sumar las horas, las semanas, los meses y los años, el trabajo ocupa la mayor parte de nuestras vidas. Aquí está la buena noticia: Dios no nos ha dejado a oscuras en lo que respecta al trabajo. Nos ha enseñado mucho en las páginas de Su Palabra.

Para muchos, la frase de Dolly Parton de que somos “solo un peldaño en la escalera del jefe” suena muy cierta en lo que respecta al trabajo. Qué triste, cuando una frase del salmista declara una noción bastante diferente: “Y sea la gracia del Señor nuestro Dios sobre nosotros. Confirma, pues, sobre nosotros la obra de nuestras manos; sí, la obra de nuestras manos confirma” (Sal 90:17). Piensa en esto: el Dios que creó todas las cosas se preocupa profundamente por el trabajo de nuestras débiles manos.

Esa es la visión del trabajo que todos queremos. Todos queremos glorificar a Dios *en* el trabajo, no solo usar el trabajo como un medio para lograr el fin de glorificar a Dios *fuera* del trabajo. Es posible hacerlo.



## Parte I

### SDG (solo a Dios la gloria)

Tiempo de clase de latín. La palabra *vocación* proviene de la palabra latina *vocatio* o, en la forma verbal, *vocare*. Su raíz significa “llamado”. Parece que William Tyndale, en su traducción al inglés de la Biblia, fue el primero en usar la palabra en inglés. Todo lo que Tyndale hizo fue trasladar la palabra latina directamente al idioma inglés. Lo mismo ocurre en el español.

La palabra latina *vocatio* tenía un significado técnico y específico. Durante cierta época, llegando hasta el tiempo de Lutero, la palabra se aplicaba única y exclusivamente al trabajo en la iglesia. Sacerdotes, monjas, monjes, cada uno tenía una vocación. Todos los demás en la cultura medieval, desde los comerciantes hasta los campesinos, desde los nobles hasta los caballeros, simplemente trabajaban. Observaban la sombra moverse a través del reloj del sol y esperaban que pasaran las horas.

En la Edad Media, sin embargo, esto no siempre había sido así. Especialmente en los primeros días del monasticismo y en varias órdenes monásticas, el trabajo se consideraba con dignidad. *Ora et Labora* era su lema. Traducida, esta frase significa: “Ora y trabaja”. Los monjes también sabían cómo recompensarse después de su trabajo. Inventaron, entre otras cosas, el pretzel, que proviene de una palabra latina que significa “regalo”, y más específicamente “regalo pequeño”. Los pretzels eran las pequeñas recompensas que los monjes disfrutaban y pasaban a los niños después de completar una tarea dura o un trabajo servil. Una vez que se habían cumplido las tareas, venía la recompensa. Estos monjes valoraban el trabajo, así como el juego y el ocio. Muchos de estos monjes reconocían el trabajo como uno de los buenos regalos de la mano bondadosa de Dios. También inventaron el champán. Y, aunque no inventaron la cerveza (los antiguos sumerios lo hicieron), sin duda impulsaron el desarrollo de la cerveza. Recompensas líquidas por el trabajo duro bien hecho.

Pero en los últimos siglos de la Edad Media, aproximadamente desde el siglo trece hasta el siglo dieciséis, el trabajo había caído en desgracia. Se le consideraba algo menor, como un mero quehacer en las horas. Los que tenían vocaciones se dedicaban exclusivamente al servicio directo en la iglesia. Cualquier otro trabajo era trivial en el mejor de los casos, y ciertamente no calificaba como algo que se debía hacer para la gloria de Dios. Uno se esforzaba por hacerlo.

Luego vinieron los reformadores del siglo dieciséis, quienes desafiaron muchas prácticas y creencias del Catolicismo Romano en el período medieval tardío. Aquí sacamos a relucir las cinco solas de la Reforma:

- *Sola Scriptura*            Solo la Escritura
- *Sola Gratia*             Solo la Gracia
- *Sola Fide*                 Solo la Fe
- *Solus Christus*           Solo Cristo
- *Soli Deo gloria*         Solo para la Gloria de Dios

Esta última, *solí Deo gloria*, influye en nuestro análisis del trabajo y la vocación. Partiendo de esta idea, Martín Lutero dio nueva vida a la palabra *vocación*. Aplicó la palabra a ser cónyuge, padre o hijo. Aplicó la palabra a las diversas profesiones.

Es cierto que en el siglo dieciséis las profesiones eran limitadas y no se acercaban ni de lejos a los tipos de especializaciones que tenemos hoy, pero los médicos, los abogados, los comerciantes... todos ellos eran vocaciones, llamados (una profesión que a Lutero no le interesaba demasiado era la banca, pero eso es para otro momento). Lutero también aplicó la vocación al trabajo de la clase campesina, a los granjeros y a los sirvientes. Para Lutero, todo trabajo y todos los papeles que desempeñamos eran llamados potencialmente santos, que podían cumplirse solo para la gloria de Dios.

Unas generaciones más tarde, otro luterano alemán, Johann Sebastian Bach, ilustró perfectamente la enseñanza de Lutero. Ya fuera que Bach escribiera música por encargo de la iglesia o para otros fines, firmaba toda su música con dos juegos de iniciales: uno para su nombre y el otro, “SDG”, por *Solí Deo Gloria*. Todo trabajo, todo tipo de trabajo, no solo el trabajo realizado al servicio de la iglesia, era un llamado. Todos podemos glorificar a Dios en el trabajo.

Podemos estar muy agradecidos a los reformadores por haber hecho una serie de contribuciones a las creencias y prácticas cristianas. Cerca del tope de la lista debería estar su contribución a la restauración de la palabra vocación. En su libro *The Call [El llamado]*, Os Guinness habla del *llamado* como algo que significa que “todos, en todas partes y en todas las cosas viven la totalidad de la vida como una respuesta al llamado de Dios”. Sin embargo, señala rápidamente que esta visión holística y abarcadora a menudo se distorsiona. El tiempo que precedió a Lutero fue uno de esos casos de distorsión. Pero, como señala Guinness, la distorsión también se produce en otros momentos y lugares.

Ciertos sectores del evangelicalismo contemporáneo han limitado nuevamente el *llamado* al trabajo en la iglesia únicamente. Recuerdo que, durante la universidad, hice una pasantía en un programa de ministerio juvenil. Uno de los líderes laicos adultos me expresó cuánto deseaba poder hacer lo que yo estaba haciendo, ir al seminario y prepararse para una vida de “trabajo cristiano a tiempo completo”, como dice el dicho. Recuerdo que pensé en lo beneficioso que sería para él tener una perspectiva diferente sobre su propia vida y trabajo. Era un policía estatal encubierto, lo que aumentó enormemente su “cociente de genialidad” entre los adolescentes. Era esposo y padre de tres hijas, y era un líder bastante activo en la iglesia. Su impacto fue grande, pero había sido condicionado a pensar que se estaba conformando con algo menor, que su trabajo no era tan importante como mi trabajo futuro.

Creo que lo que hace que esta historia sea trágica es que no es una historia aislada. Muchos, demasiados, sienten lo mismo sobre su trabajo. Lo que se necesita es una perspectiva diferente sobre el trabajo. Entender correctamente la vocación puede brindarnos justo la perspectiva que necesitamos.



Los reformadores nos hicieron un gran servicio al recuperar la enseñanza bíblica sobre la vocación. Veamos lo que la Biblia tiene que decir sobre el tema.

### **Discusión y reflexión**

1. ¿Cómo cambiaría tu visión de tu propio trabajo si lo vieras más como una vocación en el sentido de los reformadores?
2. ¿Cómo puedes glorificar a Dios con el trabajo que tienes ahora mismo, ya sea como estudiante, padre, empleado, etc.?

## Parte II

### Trabajo en el huerto

El primer lugar donde se debe buscar una enseñanza bíblica sobre el trabajo es en el principio. Los teólogos se han referido a Génesis 1:26-28 como el mandato cultural. Como portadores de la imagen de Dios, se nos da la tarea de ejercer dominio sobre la tierra y someterla. Se ha dicho mucho sobre la mejor manera de entender este texto. El primer desafío es captar la idea de la imagen de Dios. Algunos han señalado que esto debe entenderse de manera sustantiva. La imagen de Dios es parte de nuestra esencia—nuestro ser— y como humanos esta imagen de Dios nos diferencia del resto de los seres creados. Es la fuente de la dignidad, incluso la santidad, de la vida.

Otros proponen la idea de que la imagen de Dios es funcional. Basándose en ideas paralelas en otras culturas antiguas del Cercano Oriente, quienes sostienen esta opinión señalan que la mención de la imagen está en el medio los mandatos de tener dominio y someter la tierra. Además, señalan que en otras culturas y textos religiosos del antiguo Cercano Oriente, los reyes eran aclamados como la imagen de sus dioses en la tierra, cumpliendo con los deberes de los dioses. El término utilizado para describir esto es *viceregente*: los reyes eran viceregentes.

En el relato de la creación en Génesis, esta idea se modifica. No se trata simplemente de un rey que es viceregente, sino que toda la humanidad, tanto hombres como mujeres (Gn 1:27), funciona colectivamente como viceregentes. Es interesante ver cómo se desarrolla este tema en las páginas de las Escrituras. Cuando llegamos al final de la historia en Apocalipsis 22, encontramos que estamos en los nuevos cielos y la nueva tierra, y la descripción de Apocalipsis 22:2 se parece mucho al huerto del Edén. Leemos en Apocalipsis 22:5 que “[reinaremos] por los siglos de los siglos” con Dios y el Cordero. El propósito final para el cual fuimos creados se habrá cumplido: reinaremos con Dios en Su reino.

Mientras anhelamos la celebración que está por venir, por ahora trabajamos en este mundo. Tenemos que volver a Génesis 3 y ver qué sucede con la imagen de Dios y las consecuencias para los portadores de Su imagen. La caída de Adán en Génesis 3 es en realidad la caída de todos nosotros. Tiene el efecto de cortar los lazos que nos unen a Dios, por no hablar de la afectación negativa a los lazos que nos unen a los seres humanos unos con otros, y con la tierra misma (Gn 3:14-19). Inmediatamente, Génesis 3:15 proporciona la solución y el remedio a esta tragedia. La Simiente prometida en Génesis 3:15, que resulta ser Cristo nuestro Redentor, deshace lo que hizo Adán y nos reúne con Dios y trae el reino, cuya consumación se describe en Apocalipsis 22:1-5.

¿Qué tiene que ver este gran panorama bíblico con nuestro trabajo? La respuesta es: todo. Esta historia bíblica de creación, caída y redención es el marco teológico en el que comenzamos a entender nuestro propósito en la vida. También es el contexto a través del cual entendemos el trabajo como vocación. Sin él, el trabajo es solo trabajo, solo pasar el tiempo en algo. Además, sin él, vivir es solo pasar el tiempo en algo.

El mandato de Dios a Adán y Eva de someter y ejercer dominio es Su propósito de creación para la humanidad. Lo llamamos el *mandato de la creación* o el *mandato cultural*. Dios mismo “trabajó” en la creación, y también “repositó” (Gn 2:2-3), pero hablaremos más sobre eso más adelante. Luego encargó a Su creación especial, la humanidad, que trabajara para sostener y cultivar Su creación.

Presta atención a la palabra *cultivo*. Me parece que esta palabra es útil para entender el mandato cultural: el mandato de someter y ejercer dominio sobre la tierra y sus habitantes. Hay diferentes formas en las que uno puede someter. Puedes someter golpeando hasta la sumisión. Pero ese enfoque, aunque inicialmente sea efectivo, puede ser contraproducente. El hecho de que este mandato se diera en un jardín, el huerto del Edén, es instructivo. No se somete un pedazo de tierra golpeándolo; esto es lo que aprendí de mis antiguos vecinos agricultores Amish en el condado de Lancaster, Pensilvania. Parecía que podían plantar cultivos en medio de la carretera. Aprendí de ellos que se puede dominar un terreno cultivándolo. Se cultiva proporcionándole nutrientes, protegiéndolo de la erosión y dándole descanso ocasional.

Estos granjeros amish tenían caballos de tiro poderosos, criaturas enormes y robustas de fuerza bruta. Araban sus campos de pie sobre arados tirados por un equipo de caballos de tiro. Cuando estos caballos no estaban atados a un arado, se paraban de a tres o cuatro en el pasto. Se movían al unísono sin freno ni brida. Estaban finamente acondicionados como atletas de élite. Fueron dominados con el tiempo, cultivados para rendir. El dominio se ejerce mejor mediante el cultivo, no mediante la subyugación.

No son solo los granjeros los que pueden cultivar la creación de Dios. Todos podemos hacerlo. De hecho, a todos se nos ordena someter y ejercer dominio. Necesitamos darnos cuenta de que la caída y la presencia del pecado en el mundo hacen que esta tarea sea difícil. A ninguno de nosotros nos gusta admitirlo, pero en nuestro papel de portadores de la imagen de Dios, estropeados por el pecado, podemos equivocarnos. Este es un mundo caído, o, como dijo una vez Dietrich Bonhoeffer, un “mundo caído-cayendo”. Y somos criaturas caídas-cayendo. Pero luego viene la buena noticia de la redención en Cristo. En Él, nuestra caída y nuestro quebrantamiento pueden ser corregidos. Aunque Adán lo echó a perder, y aunque nosotros lo echamos a perder, por medio de Cristo podemos hacerlo bien.

Ahora podemos ver por qué el salmista pide a Dios que afirme la obra de sus manos (Sal 90:17). El trabajo es la intención de Dios para nosotros. Él nos hizo para trabajar, y en última instancia nos hizo para trabajar para Él. No pasemos por alto el tipo de trabajo que Adán y Eva estaban haciendo. Era trabajo físico, cuidar animales, cuidar el huerto con sus árboles y vegetación.

A medida que la humanidad ha progresado y se ha desarrollado, el trabajo se ha expandido para implicar todo tipo de cosas. Paso horas en reuniones o tecleando, no es en absoluto el tipo de trabajo en el que se involucraron Adán y Eva. Pero todos somos portadores de la imagen de Dios, encargados de cultivar la parte particular de Su huerto en la que nos ha colocado. Lo hacemos bajo el pleno sol de las realidades de la caída. Sudamos y tenemos que lidiar con espinas (siendo alegóricos, ¿se pueden comparar los

problemas técnicos con las espinas?). Pero en medio del sudor y las espinas, todavía se nos ordena trabajar.

Este marco teológico eleva el trabajo a un horizonte de comprensión completamente nuevo. Al pensarlo detenidamente, empezamos a ver que nuestro trabajo está al servicio del Rey, lo que hace del trabajo un deber y un maravilloso privilegio. No somos, como decía la letra de Dolly Parton, meros peldaños en la “escalera del jefe”. Somos portadores de la imagen del Rey, que cuidamos Su huerto.

Hay algo más en esto. Si Dios nos diseñó de esta manera —y, efectivamente, lo hizo—, entonces tiene sentido que cuando hagamos lo que Dios nos creó para hacer, nos sentiremos realizados, satisfechos y felices. El trabajo, entonces, es mucho más que un deber. El trabajo puede realmente brindar placer. No tiene por qué ser la monotonía que tan a menudo se presenta.

No creo que se trate de rodear el lugar de trabajo con eslóganes inspiradores o de tener reuniones de empleados con gurús que presenten seminarios sobre la autorrealización siendo un jugador parte de un equipo de trabajo. Esas técnicas pueden volverse manipuladoras y convertir a los trabajadores en peones. O pueden conducir a resultados a corto plazo, pero no duraderos. En cambio, se trata de adoptar un marco teológico de lo que Dios está haciendo en el mundo y de cómo encajas tú en ese panorama. Y también se trata de aplicar ese marco teológico a tu trabajo, día tras día, hora tras hora. Vivir la vida cristiana, lo que los teólogos llaman santificación, consiste en renovar y transformar la mente, lo que luego se refleja en nuestras conductas. Eso se aplica a todas las áreas de la vida, incluso al trabajo. Necesitamos orar por una mente renovada y transformada en relación con nuestro trabajo y cultivarla.

Sigamos con esto un poco más. Lo que haces de 9 a 5 (o en el horario que sea que trabajes) no está desconectado de tu vida y tu andar cristiano. No estás de alguna manera fuera de los parámetros de las cosas que son un servicio y agradan a Dios. Tu trabajo está directamente en el centro de tu devoción y servicio, e incluso de tu adoración a Dios. Incluso el trabajo que ahora parece insignificante o trivial puede llegar a tener una importancia mucho mayor. Muchas veces, es solo después de los hechos, cuando reflexionamos sobre nuestras vidas, que podemos ver cómo Dios nos usó a nosotros y a nuestro trabajo para Su gloria.

Responde esta evaluación. Es solo una pregunta:

Verdadero o falso: ¿A Dios solo le importa lo que hago los domingos?

Sabemos que la respuesta es: falso. ¿Y qué representa gran parte de mi tiempo de lunes a viernes o sábado? El trabajo. Si a Dios le importan los siete días de todas las semanas de mi vida, entonces ciertamente a Dios le importa mi trabajo. Entonces, este es el punto:

Mi trabajo es parte de mi llamado, parte de mi “culto racional” (Ro 12:1), parte del objetivo y propósito de mi vida, que es adorar a Dios en toda la vida.

Este marco teológico se aplica incluso si trabajas para una empresa que te trata como una máquina de la que puede extraer la mayor productividad posible. Se aplica en situaciones en las que los superiores no tienen un marco teológico similar ni remotamente establecido. Esto se aplica porque, en última instancia, somos responsables ante Dios de todo lo que hacemos, no ante las empresas ni ante los jefes. *Los hermanos caradura* lo dijeron en broma en la película, pero cada uno de nosotros tiene una misión que Dios nos ha encomendado.

Hay una última pieza en este marco teológico del trabajo, y se refiere al descanso. Dios mismo estableció el modelo al trabajar durante seis días para crear el universo y luego descansar. La enseñanza bíblica del método de Dios para crear, probablemente tenga más que ver con nosotros que con Dios. Permíteme explicarlo. Dios no necesitó seis días para crear. Podría haberlo hecho instantáneamente. Y ciertamente no necesitó descansar. Como Dios es omnipotente, el acto de creación no le agotó ni un gramo de energía.

Lo que muy bien podemos tener en el relato de la creación es un modelo para nosotros, un modelo de trabajo y descanso. El modelo de trabajo, Dios creando en seis días, nos enseña que las cosas llevan tiempo. Los agricultores preparan la tierra, siembran semillas y luego cosechan después de una larga espera. Lo mismo sucede con nuestro trabajo. Construir y hacer cosas, especialmente cosas de sustancia y belleza, lleva tiempo. Pero también existe el modelo del descanso. Este llega al final de la jornada laboral. Y llega al final de la semana laboral. El análisis del día de reposo en Éxodo 20:8-11 se basa directamente en la semana de la creación. Seis días debemos trabajar y el séptimo debemos descansar: “Porque en seis días hizo el SEÑOR los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y reposó en el séptimo día” (Ex 20:11).

Después de la Revolución Francesa, la semana de siete días fue suplantada por una semana de diez días, como parte del programa para librar a Francia de su identidad y tradición religiosa. Deberíamos decir que *intentaron* suplantar, porque fue un fracaso. Tenemos nuestra propia versión de intentar suplantar el día de reposo, como lo evidencia la frase 24/7. En nuestro mundo conectado, siempre estamos disponibles, siempre estamos trabajando, todo el día, todos los días de la semana. Como mínimo, un cristiano debería considerar decir solo 24/6. Dios ha establecido un día de descanso para nosotros. No deberíamos pensar que somos más sabios que Dios. Pero incluso decir 24/6 puede ser exagerado. Las máquinas funcionan las 24 horas del día, pero las personas no pueden hacerlo.

Muchos han señalado que hoy en día las personas, especialmente las que vivimos en culturas occidentales, jugamos en el trabajo y trabajamos en nuestro tiempo libre. Esta es otra forma en la que hemos distorsionado el patrón bíblico de trabajo y descanso. Hemos perdido el verdadero significado del ocio, probablemente porque hemos perdido el verdadero significado del trabajo.

Al darnos el patrón de seis días de trabajo y un día de descanso, Dios nos está enseñando a establecer límites y ritmos de vida saludables. Un colega mío se mudó recientemente a cierta distancia de nuestro lugar de trabajo. Pues se dio cuenta de que,

al vivir tan cerca, estaba en la oficina mucho tiempo: de noche, después de un largo día y los fines de semana. Él y su familia hicieron este cambio para desarrollar, en sus palabras, “ritmos saludables de trabajo, tiempo para la familia y descanso”.

Mudarse puede ser demasiado drástico para ti, pero hay una lección que aprender aquí. Podemos estar influenciados por el 24/7 o por las mentiras culturales del “trabajo en el tiempo libre, tiempo libre en el trabajo” que nos inundan. Como cristianos, no somos inmunes a estas influencias. El hecho de que revisemos nuestro correo electrónico los sábados y domingos, o durante las cenas con nuestro cónyuge o familia, puede ser un síntoma de un patrón de trabajo poco saludable. Más bien, debemos prestar atención a los límites que Dios ha ordenado para nosotros. Necesitamos estar en sintonía con los ritmos saludables de trabajo y descanso.

Si estás en el trabajo, trabaja. Cuando te alejes del trabajo, descansa y dedica tus energías a otras cosas. Ese principio te convertirá en un mejor trabajador y una mejor persona. Aunque no podamos seguir el principio al 100 por ciento, es probable que todos podemos hacerlo mejor de lo que lo estamos haciendo ahora.

Necesitamos reconocer que somos simplemente administradores de los recursos que Dios nos dio y entender, además, de que nuestro recurso más preciado es nuestro tiempo. Cuando buscamos honrar a Dios con todo nuestro tiempo, podemos aprender a glorificarlo en el trabajo, en el descanso y en la diversión u ocio. Puede que no siempre lo hagamos bien. Con suerte, maduraremos con el tiempo en nuestra administración del tiempo y glorificaremos y disfrutaremos a Dios en toda la vida.

La Biblia no solo proporciona este panorama general del trabajo como nuestro papel como portadores de la imagen de Dios y el patrón de trabajo y descanso. Las Escrituras también ofrecen muchos detalles específicos sobre nuestro trabajo. De hecho, la Biblia no solo nos ayuda a entender cómo trabajar, sino también cómo no trabajar. Dios sabe que lo negativo a veces puede señalarnos vívidamente lo positivo. En otras palabras, aprender a no trabajar puede ser el primer paso para aprender a trabajar mejor.

### **Discusión y reflexión**

1. ¿Cómo puede tu trabajo actual ser una expresión del mandato cultural? ¿De qué manera se te llama a ejercer dominio y dar fruto?
2. ¿De qué manera te han afectado los hábitos de trabajo o descanso no saludables (o la falta de ellos)? ¿Cómo puedes procurar que tu trabajo y descanso aumenten para la gloria de Dios?

### Parte III

#### Cómo no trabajar

En la película *Wall Street* de Oliver Stone de 1987, el despiadado inversor Gordon Gekko, interpretado por Michael Douglas, pronuncia un discurso sobre la avaricia ante los accionistas de Teldar Paper en su reunión anual. Gekko está allí para lanzar su adquisición. “Estados Unidos se ha convertido en una potencia de segunda categoría”, dice a sus compañeros inversores, señalando la avaricia como la respuesta. “La avaricia, a falta de una palabra mejor, es buena. La avaricia es buena”, añade que la avaricia en su esencia pura y completa marca la escalada evolutiva ascendente. Luego llega a su clímax: “La avaricia, recuerden mis palabras, no solo salvará a Teldar Paper, sino a esa otra corporación que funciona mal llamada Estados Unidos”. El discurso de Gordon Gekko “La avaricia es buena” se ha hecho famoso no solo entre los lectores de la revista *Forbes*, sino también en sectores más amplios de la cultura como un icono americano. El discurso es, sin embargo, un caso clásico de arte imitando a la vida.

Cualquiera de los pocos corporativos de alto perfil arrestados durante la década de 1980 podría haber servido de inspiración y modelo para el personaje. Pero fue Ivan Boesky quien pronunció un discurso de graduación en 1986 en la Escuela de Administración de Empresas de la Universidad de California-Berkeley y dijo a los futuros graduados que “la avaricia está bien”, añadiendo que “la avaricia es saludable”. Al año siguiente, justo después del estreno de *Wall Street*, Boesky fue condenado a tres años y medio de prisión federal y a una multa de 100 millones de dólares.

El problema con ejemplos tan flagrantes como el ficticio Gekko y el Boesky de la vida real es que enmascaran la avaricia menos obvia y flagrante que opera en todos nosotros, al menos parte del tiempo, y en la mayoría de nosotros con más frecuencia de lo que nos gustaría admitir. Por supuesto, hay una diferencia entre la avaricia y la ambición. La ambición puede ser algo bueno. A los empleadores les gustan los empleados ambiciosos. A los maestros les gustan los estudiantes ambiciosos. A los padres les gustan los niños ambiciosos. Y a los pastores les gusta una congregación de feligreses ambiciosos. Como nota al margen, fue un pastor británico quien nos ayudó a entender que la palabra ambición puede ser algo bueno. Charles Spurgeon fue el primero en usar esta palabra en un sentido positivo. Él ambicionaba que su congregación fuera ambiciosa en su servicio a Dios.

Pero la ambición puede dejarse llevar rápidamente por sí misma. El asunto puede plantearse preguntando: “¿Ambicioso por *qué*?”. Cristo nos dice claramente que busquemos primero el reino de Dios (Mt 6:33). Si somos ambiciosos por cualquier otra cosa, hacemos cosas, incluso cosas buenas, por todas las razones equivocadas.

Y justamente por estas razones equivocadas, la ambición puede convertirse fácilmente en avaricia. Y la avaricia, una vez que ha iniciado su camino, consume. Podemos trabajar muy duro, lo cual puede ser algo bueno. Pero también podemos trabajar muy duro, fácil y rápidamente, por la razón equivocada, la razón de la

autopromoción y el avance personal. El ficticio Gekko puede tener razón después de todo. La avaricia marca la escalada evolutiva ascendente. Pero, para los que son discípulos de Cristo, la ley de la supervivencia del más apto, alimentada por la avaricia, es una mentira condenatoria.

El opuesto de la avaricia es otro de los pecados capitales, la pereza. Una de las descripciones más pintorescas, por no decir cómicas, de la pereza en la Biblia viene de Proverbios 26:15: “El perezoso mete la mano en el plato, pero se fatiga de llevársela a la boca”. Y esto fue escrito antes de que bautizáramos al perezoso como un adicto al sofá. He aquí una persona que es tan perezosa que, una vez que ha metido la mano en el plato, no tiene energía para llevársela, junto con la comida que ha agarrado, a la boca.

En nuestra cultura hay tantos ejemplos flagrantes de pereza como de avaricia. El control remoto de la televisión, por no hablar de todos los demás aparatos tecnológicos que hemos fabricado, revelan que, como cultura, estamos en contra del esfuerzo, del sudor, del trabajo. Esta pereza puede afectar a nuestras profesiones y a nuestras relaciones. Queremos el éxito instantáneo, sin trabajar ni invertir tiempo. Nos condicionamos a apreciar solo las experiencias fáciles y a temer las rutinas del trabajo duro. Estas malas prácticas culturales pueden extenderse de nuestra vida profesional y personal a nuestra vida espiritual. En ese sentido, también podemos buscar atajos para alcanzar la madurez espiritual, pero esos atajos son en vano.

Así como debemos señalar que existe una diferencia entre la ambición y la avaricia (aunque esa línea es muy fina), también existe una diferencia entre la pereza y el descanso. El descanso es saludable para nosotros, incluso necesario, pero los hábitos de descanso pueden volverse insalubres con facilidad y rapidez. De nuevo, así como una visión sana del trabajo puede ser superada por la ambición y luego por la codicia, así también nuestro descanso, que es necesario y ordenado por Dios, puede ser superado por la pereza y la desidia. Mientras que la ambición es una carrera hacia la cima, la pereza es una carrera hacia el fondo. Ambas nos llevan por el camino equivocado. Proverbios rebosa de advertencias sobre jugar este baile con la avaricia y la pereza. Y Proverbios muestra sabiamente cómo ambos socios conducen a la muerte y la destrucción.

Vale la pena contemplar estas dos formas de ambición y pereza. Muchas personas ven estas como las únicas dos opciones al pensar en el trabajo. O el trabajo se vuelve absorbente o debe evitarse a toda costa. La solución no está en encontrar un equilibrio, sino más bien en pensar de manera diferente sobre el trabajo y el descanso. Vimos esto brevemente en los pasajes bíblicos que consideramos antes mientras construíamos un marco teológico para el trabajo. Es hora de volver a ese marco, esta vez buscando una aplicación práctica de cómo trabajar.

### **Discusión y reflexión**

1. ¿Se puede describir tu trabajo con alguna de las palabras anteriores? ¿Tienes tendencia a la pereza y la desidia o a la ambición malsana?



2. ¿Qué debes cambiar en tu forma de pensar y creencias para abordar los hábitos laborales poco saludables?

## **Parte IV**

### **Cómo trabajar y encontrar significado**

En nuestra cultura tecnológica, nos encontramos, en su mayor parte, alejados de las cosas que vestimos, usamos e incluso comemos. En las culturas del pasado, especialmente en las culturas antiguas de los tiempos bíblicos, había una conexión mucho mayor entre el trabajo y los frutos o resultados de ese trabajo. A medida que pasamos de las economías agrarias a las economías industriales, esa brecha se amplió. A medida que pasamos de las economías industriales a nuestras economías tecnológicas actuales, ese abismo se amplió aún más. Esto ha tenido un efecto neto en nuestra sensibilidad del siglo veintiuno al hacernos pensar de manera muy diferente a la gente de siglos anteriores sobre el valor del trabajo y sus resultados. Parte de esto ha tenido un impacto negativo. Estamos insensibles a las condiciones de las fábricas de mano de obra extranjera que producen las cosas que usamos y tiramos. Y estamos insensibles a lo que sucede con los productos que tiramos cuando terminan en los vertederos. Estas desconexiones, tan parte de nuestra cultura de consumo, nos hacen perder el contacto entre nosotros y con el mundo que Dios ha creado.

Tenemos una desconexión aún mayor cuando consideramos la escala desequilibrada de los salarios. Los atletas profesionales ganan más en un año que los trabajadores de fábricas —de pelotas de béisbol, de baloncesto y zapatillas deportivas— en toda su vida laboral. Y ni siquiera mencionemos a otras celebridades.

A la luz de estas desconexiones, es aún más urgente que pensemos bíblica y teológicamente sobre el trabajo. Esto es cierto tanto para los empleados como para los empleadores. Los cristianos que se encuentran en cualquiera de los dos roles tienen la obligación de pensar y vivir bíblicamente en el trabajo.

#### **Como para el Señor**

Un texto que puede ayudar aquí es Efesios 6:5-9. En este pasaje, Pablo se dirige a siervos y amos. Estos versículos han sido con demasiada frecuencia una fuente de mala interpretación, por lo que, en un intento de evitar cualquier problema, simplemente consideraré este pasaje como una contribución a lo que significa ser un empleado y un empleador. En cuanto a los empleados, Pablo señala que, en última instancia, trabajan para Dios. Debemos servir “de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres” (Ef 6:7). Esto se relaciona directamente con el llamado. Cuando el trabajo se entiende como un llamado, se entiende como un llamado de Dios. Él es, en última instancia, para quien trabajamos.

Esta comprensión se puede ver en algunas de las esculturas de la arquitectura medieval. En lo alto de las partes más elevadas de una catedral, la atención al detalle es igual a la de las esculturas que están a la altura de los ojos. Ahora bien, nadie podría ver los finos detalles de la escultura que está allí arriba. Reducir estos detalles no habría

influido negativamente en la solidez de la estructura de ninguna manera, ni habría impedido el culto de los que estaban en el piso de abajo. Entonces, ¿por qué los arquitectos lo dibujaron y los artesanos lo tallaron? Porque sabían que era un trabajo al servicio de Dios.

Gran parte de lo que hacemos en el trabajo podría pasarse por alto; gran parte de lo que hacemos no será examinado (me encuentro pensando esto cuando estoy pintando dentro de un armario o quitando las malas hierbas del patio trasero de mi casa). Es muy fácil que nos desviemos de nuestro trabajo, sin importarnos demasiado lo que hacemos. Es precisamente en este punto donde entran en juego las palabras de Pablo. Nuestro trabajo, incluso el invisible o el menos visible, es en última instancia un trabajo ante Dios.

Mi abuelo se alejó del negocio familiar de un periódico local y sus talleres de impresión para trabajar en Roebling Steel Company, a orillas del río Delaware en Nueva Jersey, como parte de los esfuerzos de guerra en el frente interno durante la Segunda Guerra Mundial. La planta fabricaba cables de acero, principalmente para la construcción de puentes. Pero durante la guerra fabricó cables de acero para usarse en los tanques. Era un trabajo complicado. A medida que se mecanizaban los cables, podían torcerse fácilmente de manera incorrecta y volverse inutilizables. Debido a la escasez de recursos durante la guerra, se ofrecieron incentivos a quienes pudieran desenrollar hábilmente estos cables de acero que se habían torcido. Al poco tiempo, mi abuelo comenzó a notar que los trabajadores a su alrededor comenzaban a torcer el acero a propósito para luego poder arreglarlo y recibir la compensación adicional. Toda esa deshonestidad no le agradó. Lo recordó décadas después y compartió las historias conmigo. Admiré su honestidad como trabajador. Me enseñó lo importante que es trabajar con habilidad e integridad.

Hay cierta urgencia en nuestras vidas. Tal vez no sea una urgencia tan palpable como la de un tiempo de guerra, pero como personas que trabajamos delante de Dios, tenemos un llamado elevado y santo. El trabajo honesto hecho con integridad es el tipo de trabajo que honra a Dios y es apropiado para la ocasión. La deshonestidad es demasiado fácil y surge con demasiada naturalidad. Debemos cuidarnos de ella.

### **Con un corazón sincero**

Esto lleva a Pablo a decir algo acerca de los motivos: debemos servir a nuestros empleadores con “la sinceridad de [nuestro] corazón” (Ef 6:5). El motivo es siempre una prueba difícil. Es fácil hacer lo incorrecto por la razón incorrecta. Es marginalmente más difícil hacer lo correcto por la razón incorrecta. Lo más difícil de todo es hacer lo correcto por la razón correcta. A Dios no solo le importa el trabajo que hacemos, sino también por qué lo hacemos. El motivo importa. Es cierto que los motivos correctos son difíciles de cumplir todos los días y en cada tarea. Es bueno saber que Dios es misericordioso y perdonador. Pero no debemos permitir que el nivel de dificultad nos impida hacer el intento.

Los empleados no son los únicos que tienen estándares que alcanzar. Pablo también tiene algunas cosas que decir a los empleadores. Una de ellas es que los empleadores deben vivir según el mismo código de motivos correctos: “Amos, hagan lo mismo con sus siervos” (Ef 6:9). Resulta que lo que es bueno para unos también es bueno para otros. Pablo añade: “Dejen las amenazas” (Ef 6:9). La manipulación y las amenazas no son la manera de dirigir una empresa ni de tratar a los empleados. Volvemos al punto de cultivar en lugar de someter, ¿no es así? El poder debe manejarse con responsabilidad y con un corazón sincero.

La base de las buenas relaciones entre empleados y empleadores es nuestra igualdad ante Dios: “Para [Dios] no hay acepción de personas”, al considerar a empleadores y empleados (Ef 6:9). Una posición superior en un entorno laboral no refleja un estatus superior como persona. Cuando los empleadores reconocen a los empleados como portadores de la imagen de Dios, poseedores de dignidad y santidad, se les da respeto y un trato justo. Cuando los empleados reconocen a los empleadores como portadores de la imagen de Dios, se les respeta.

### **Con humildad**

Una de las muchas virtudes que la Biblia manda también se relaciona directamente con el trabajo, y es la virtud de la humildad. A veces se malinterpreta la humildad como pensar que somos algo así como una alfombra, que se puede pisotear. Eso no es humildad. Y a veces pensamos que la humildad significa esconder nuestros talentos o restarles importancia. La humildad significa, en cambio, pensar que los demás tienen valor y aportan. Significa estar preocupado por usar lo mejor de mí para lo mejor de los demás. Significa no buscar siempre el crédito, no buscar siempre la mejor posición o el lugar de honor. Significa preocuparse lo suficiente por la otra persona para saber que tengo algo que aprender de ella.

La humildad verdadera y genuina se ilustra mejor en la vida encarnada de Cristo. En Filipenses 2, Pablo usa el ejemplo de Cristo y Su “humillación” en la encarnación como el estándar de cómo debemos tratar a los demás en el cuerpo de Cristo. La humildad es esencial para ser una iglesia fiel o una familia piadosa.

La humildad también es esencial para los trabajadores y el lugar de trabajo. Ronald Reagan tenía un eslogan en su escritorio de la Oficina Oval, estampado en papel dorado sobre cuero color burdeos. Decía:

SE PUEDE HACER.

El énfasis obvio en la palabra *puede* era un contrapunto a lo que tan a menudo escuchaba de sus asesores y lugartenientes, que varios proyectos o iniciativas “no se pueden hacer”.

Sin embargo, hay otro de sus dichos que es clave para este breve y definitivo dicho que simplemente declara que se puede hacer. Este dicho más largo nos da una

valiosa idea: “No hay límite para la cantidad de bien que haces si no te importa quién se lleva el crédito”.

Me imagino que en una sala llena de generales, jefes de departamentos y personas brillantes y talentosas, un dicho como ese no es lo que están acostumbrados a escuchar. Sin embargo, Reagan vio la humildad como un ingrediente esencial. Por supuesto, debemos ser prudentes con los compañeros de trabajo menos escrupulosos que pueden robar ideas o recurrir a prácticas deshonestas para salir adelante. Pero, a menudo, nos preocupamos más por el ego que por el equipo. Y, de nuevo, cuando trabajamos “como para el Señor”, Dios lo sabe. Estos elogios que buscamos se están desvaneciendo, como las hojas de olivo de las antiguas coronas olímpicas que se colocaban sobre la cabeza del vencedor.

Con frecuencia, nos preocupamos más por quién recibe el crédito que por simplemente hacer algo. A veces, cuando pensamos o decimos que no se puede hacer, es porque hemos buscado la autopromoción en lugar de practicar la virtud de la humildad. Obtendremos mucho más si trabajamos juntos y sacamos lo mejor de cada uno que si competimos por nosotros mismos o si nos posicionamos para obtener reconocimiento personal. La humildad es una virtud cristiana esencial y es esencial en el lugar de trabajo.

### **Por una buena recompensa**

Aparte de Pablo, el lugar donde probablemente aprendemos más sobre el trabajo es el libro de Proverbios. Aquí no solo aprendemos sobre los caminos del perezoso, sino también sobre el tipo de trabajo que honra a Dios. Proverbios 16:3 ordena: “Encomienda tus obras al SEÑOR”, y agrega que “tus propósitos se afianzarán”. Este es uno de los muchos principios generales útiles que ofrece el libro de Proverbios. Nos recuerda que Dios está al principio, al medio y al final de nuestro trabajo. Él es soberano sobre nuestro trabajo, así como lo es sobre toda Su creación y criaturas. Este proverbio nos llama a no hacer nada más que reconocer lo que ya es el caso. Este recordatorio es, sin embargo, necesario, porque con frecuencia olvidamos hacer lo que surge como resultado natural de reconocer lo que es el caso. Debemos honrar a Dios como la fuente, el medio y el fin de nuestro trabajo, porque Él es la fuente, el medio y el fin de nuestro trabajo.

Otros proverbios profundizan en detalles. Muchos hablan de las recompensas del trabajo. Proverbios 10:5 nos informa que “el que recoge en el verano es hijo sabio”, mientras que, por el contrario, “el que se duerme en la siega es hijo que avergüenza”. Unos capítulos más adelante, encontramos algo similar: “El que labra su tierra se saciará de pan, pero el que persigue lo vano carece de entendimiento” (Pro 12:11). Y no hay que pasar por alto el enfoque directo que se adopta en Proverbios 14:23: “En todo trabajo hay ganancia, pero el vano hablar conduce solo a la pobreza”.

Proverbios también tiene una manera de expresar este concepto de recompensa en un nivel mucho más profundo que el motivo de la ganancia. Un proverbio en

particular se destaca en este sentido: Proverbios 12:14. Aquí se nos dice: “Por el fruto de su boca cada uno se saciará de bien, y las obras de las manos del hombre volverán a él”. La recompensa de la que se habla aquí es la realización, una satisfacción. En última instancia, no es una satisfacción que provenga de acumular riqueza o de las cosas que la riqueza compra. Es una satisfacción que viene de cumplir nuestro propósito de trabajar al servicio de Dios.

El autor de Eclesiastés retoma este tema. Allí se nos dice: “Que todo hombre que coma y beba y vea lo bueno en todo su trabajo, que eso es don de Dios” (Ec 3:13). Algunos toman esto como sarcástico, creyendo que el autor de Eclesiastés es la persona más amargada y hastiada que jamás haya vivido. Pero este texto, junto con varios pasajes de Proverbios, parece estar señalando algo muy cierto. Dios nos ha hecho para trabajar, y mientras trabajamos encontramos contentamiento, satisfacción y felicidad. Este es uno de los muchos buenos regalos de Dios para nosotros.

### **Con habilidad**

Volviendo a Proverbios, muchas de sus enseñanzas abordan el tema de la habilidad. Un ejemplo es Proverbios 22:29, que dice: “¿Has visto un hombre diestro en su trabajo? Estará delante de los reyes; no estará delante de hombres sin importancia”. Una idea similar se expresa en uno de los salmos de Asaf acerca de David. Asaf nos dice que David “guió [a Israel] con la destreza de su mano” (Sal 78:72). Vemos otros ejemplos de destreza en otras partes de la Escritura. Bezalel y Aholiab eran hábiles artesanos que supervisaron el diseño y la construcción del tabernáculo. Eran personas llenas de “habilidad” en “toda clase de obra” que fueron “creadores de diseños” (Ex 35:30-35). A Bezalel y Aholiab se unieron “toda persona hábil en quien el SEÑOR ha puesto sabiduría e inteligencia” para la obra del tabernáculo (Ex 36:1).

Aquí aprendemos que cualquier habilidad que tengamos proviene de Dios; Él nos la da. Pero incluso aquellos que han recibido dones necesitan cultivarlos. De vez en cuando he trabajado en proyectos en casa. Hemos remodelado baños, puesto pisos de madera, colocado molduras. Sin embargo, descubro que la mayoría de las veces los carpinteros, electricistas y plomeros expertos son mucho mejores que yo y es mucho más prudente hacerse a un lado y dejar que un profesional lo haga. Cuando hago proyectos, pertenezco a la escuela de pensamiento cuyo lema es: “Haz lo mejor que puedas y calafatea el resto”. Luego observo a los profesionales. Pueden hacer un corte perfecto y ajustar una esquina perfectamente cuadrada.

Lo mismo aplica al observar a los atletas de élite, músicos de concierto, artistas y carpinteros, plomeros y electricistas. La habilidad es impresionante. Aquellos que la tienen hacen que parezca que no requiere esfuerzo. No lo es. Se logra con práctica, práctica y más práctica. De hecho, me recuerda las palabras de mi entrenador de natación de la escuela secundaria. A través de mis oídos tapados por el agua, pude oírlo decir: “La práctica no hace al maestro. La práctica perfecta hace al maestro”. ¿Una tarea

difícil? Sí. Pero entonces recordamos que estamos trabajando “como para el Señor” (Col 3:23). No hay nada más difícil que eso.

Hay algunas cosas en las que soy (algo) bueno, y otras en las que no. Dios nos ha dado a todos dones y nos ha llamado a todos a ciertas tareas. Si entendemos nuestro trabajo como un llamado, lo abordaremos como Bezalel y Aholiab y los muchos otros cuando construyeron el tabernáculo para Dios. Haremos nuestro trabajo con manos hábiles. E incluso cuando estemos haciendo proyectos en el hogar, se nos recordará que debemos hacer nuestro trabajo como para el Señor.

## **La obra de Cristo**

La última pieza de este rompecabezas bíblico es considerar a Cristo y el trabajo. Aquí nos dirigimos a la encarnación, donde vemos a Cristo como total y verdaderamente humano, así como total y verdaderamente divino. En Su humanidad, Jesús asumió ciertos roles. Fue hijo y hermano. Incluso fue ciudadano de un estado ocupado por el Imperio Romano. Y fue hijo de un carpintero y, presumiblemente, carpintero él mismo. Al vivir plenamente en estos roles, Cristo demuestra el valor y la integridad de los roles para nosotros, y el valor y la integridad de nuestro trabajo. Pero más que esto, Cristo a través de Su obra redentora deshace lo que Adán hizo en la caída. Y nos restaura la habilidad y la capacidad de ser portadores de la imagen de Dios como quería que fuéramos (ver 1Co 15:42-49, junto con 2Co 3:18 en su contexto circundante).

Aprendemos a trabajar —y a vivir— cuando miramos al Cristo encarnado y buscamos ser transformados y hechos conforme a Su imagen en todas las áreas de nuestra vida. Si bien el trabajo ocupa la mayor parte de nuestra vida, no la define. Lo que somos en Cristo define nuestra vida y el volante sale de ese eje de la rueda. Nuestras relaciones, nuestro servicio, nuestro trabajo, nuestro legado: ese es el volante. Todos importan y tienen importancia. Y cuando vivimos en nuestra unión con Cristo y descansamos en nuestra identidad en Él, todas estas cosas buenas importan y tienen importancia por toda la eternidad.

Cuando vemos nuestro trabajo, nuestro llamado, desde esta perspectiva, es como si hubiéramos subido a lo alto de una montaña y pudiéramos contemplar los amplios y largos horizontes del significado y el valor de nuestro trabajo. No debería sorprendernos encontrar que las Escrituras tienen algo que decir sobre nuestro trabajo. A la luz de muchas nociones erróneas sobre el trabajo que nos rodean, deberíamos acudir rápidamente a sus páginas en busca de orientación y dirección. Al observarla, comenzamos a comprender y apreciar la vocación. Por sobre todo, nuestro trabajo debe realizarse “como para el Señor” (Col 3:23). Esa verdad general debe estar presente en todo nuestro trabajo.

## **Discusión y reflexión**

1. ¿De qué manera puedes crecer en ver y hacer tu trabajo como para el Señor?

2. ¿Cuál de las categorías anteriores es una fortaleza para ti? ¿Cuál es una debilidad?
  
3. ¿Quiénes son algunas personas a tu alrededor que son buenos ejemplos de trabajar para el Señor? ¿Qué puedes aprender de sus ejemplos?



## Conclusión

### Construir un legado

A dos horas al norte de Los Ángeles, bajo el calor sofocante y sobre las arenas del vasto desierto de Mojave, se encuentra un lugar donde los aviones van a morir. No todos los aviones del puerto aéreo y espacial de Mojave están allí para morir. El clima seco proporciona un lugar perfecto para que los aviones eviten la corrosión mientras están estacionados y esperan ser restaurados o reacondicionados. Una vez reparados y equipados adecuadamente, regresan a hacer lo que fueron diseñados para hacer. Pero cientos de ellos están alineados de punta a punta y serán desarmados para obtener piezas y abandonados para morir. Estos aviones fueron una vez maravillas de la ingeniería moderna. Desafiaron la gravedad como enormes cuerpos de acero que transportaban toneladas de carga útil, despegaron, surcaron los cielos a 11 metros de altura y aterrizaron de manera segura. No importa cuántas veces vuelas, te sientes como un niño nuevamente ante la emoción de despegar. Sientes el poder. Sientes que puedes conquistar cualquier cosa. Estas máquinas volaron a través de tormentas y turbulencias. Se elevaban sobre cadenas montañosas y registraban incontables horas de vuelo sobre mares extensos, evitando colisiones mientras seguían autopistas invisibles a través de los cielos.

Fueron contruidos por genios y técnicos expertos, desde la complicada electrónica hasta los remaches en los traslapes. Fueron pilotados por pilotos altamente capacitados y disciplinados y atendidos por asistentes hábiles, cientos de tripulantes de tierra, manipuladores de equipaje, agentes de boletos y de puerta y otros empleados de aerolíneas contribuyeron de una manera u otra a cada vuelo que registraron.

Estas son máquinas impresionantes, transportadores de grandes personas para hacer grandes cosas. Y ahora se están hundiendo lentamente en las arenas con los conos de nariz quitados, los instrumentos desmontados y los asientos desprendidos. Están muriendo lentamente en el sitio de Mojave del “valle de la Muerte”.

Estos aviones moribundos son un símbolo de lo fugaz que es nuestro legado. Incluso el trabajo grande e intrincado tiene una vida útil limitada. Las cosas magníficas y monumentales hechas hoy serán olvidadas mañana. ¿Cómo lo expresa el libro de Eclesiastés? Vanidad de vanidades. Todo es vanidad. Alguien comentó una vez que la mejor manera de entender la palabra bíblica “vanidades” es por la frase: burbujas de jabón. Puff y se fue.

¿Cómo respondemos al inevitable desvanecimiento de nuestro legado, sin importar cuán grande sea?

Primero, debemos darnos cuenta de que nuestro trabajo y lo que logramos en este mundo es fugaz. La hierba se seca, la flor se marchita. Seremos reemplazados. Y, como hemos construido sobre el trabajo de quienes vinieron antes que nosotros, los que vengan después de nosotros probablemente lograrán cosas mayores que nosotros. Mi

antiguo jefe, R. C. Sproul, solía recordarnos que el cementerio está lleno de personas indispensables. Es vano pensar lo contrario.

Recuerdo volver a la piscina de la YMCA en Scottsdale, Pensilvania, para ver si mis viejos récords de natación aún se mantenían. En un momento, solo uno. Luego ninguno. Luego, todo el edificio desapareció junto con las vitrinas de trofeos y la pared de récords. Había llegado la nueva piscina, más brillante. Lo que hacemos en este mundo tiene una vida útil limitada. Sin embargo, eso no significa que no dejemos un legado. Una vez más, volvemos a ese principio singular que rige nuestro trabajo: “Como para el Señor”. Cuando nuestro trabajo se cumple como para el Señor (es decir, por medio del Señor y para Él), deja un legado.

Moisés expresa la visión para nuestro trabajo que esta guía ha buscado exponer: “Y sea la gracia del Señor nuestro Dios sobre nosotros. Confirma, pues, sobre nosotros la obra de nuestras manos; sí, la obra de nuestras manos confirma” (Sal 90:17). Bastaría con que Moisés lo dijera una sola vez, pero lo dice dos veces. Esta repetición es un recurso poético que se utiliza para enfatizar. Dios, en Su Palabra sagrada, declara no solo una, sino dos veces que desea establecer el trabajo servil, terrenal y finito de nuestras manos. Él toma nuestros débiles logros y los estampa con Su aprobación y los confirma.

Cuando encontramos este tipo de significado en nuestro trabajo, encontramos algo permanente, algo que perdura más allá de nosotros. A medida que envejecemos, tendemos a pensar cada vez más en nuestro legado. El salmista pide claramente que Dios establezca la obra de sus manos, que Dios haga algo permanente, algo duradero. En la medida en que veamos nuestro trabajo como un llamado a servir y, en última instancia, a glorificar a Dios, perdurará nuestro legado, un legado de trabajo bueno y fiel realizado para la gloria de Dios.

Juan Calvino dijo una vez: “Cada individuo tiene su propio llamado asignado por el Señor como una especie de puesto de centinela para que no deambule sin rumbo a lo largo de la vida”.<sup>1</sup> Es el lugar y el trabajo al que Dios nos ha llamado. Dios nos pide una sola cosa: ser fieles administradores de los llamados que nos ha confiado y ser fieles administradores de nuestros puestos de centinela.

Además del Salmo de Moisés, también tenemos el Salmo 104 para ayudarnos a entender nuestro trabajo y legado.

El Salmo 104 considera tanto la grandeza de Dios al hacer la creación y las criaturas, como la grandeza que se ve en la obra en la creación y por las criaturas. El salmista celebra a los leoncillos que “rugen ... tras su presa, y buscan de Dios su comida” (Sal 104:21). El salmista incluso habla de los manantiales que brotan “en los valles” y “corren entre los montes” (Sal 104:10). Todo el Salmo merece el estudio y la meditación mientras consideramos lo que significa trabajar: glorificar a Dios en el

---

<sup>1</sup> John Calvin, *The Institutes of the Christian Religion* [Institución de la religión cristiana], Libro III, Capítulo 20, No. 6 (McNeill and Battles Edition, Vol. 2, 724).

trabajo. Pero los versículos 24-26 se centran especialmente en el trabajo realizado por las únicas criaturas creadas a la imagen misma del Creador. Estos versículos declaran:

<sup>24</sup> ¡Cuán numerosas son Tus obras, oh SEÑOR!

Con sabiduría las has hecho todas;

Llena está la tierra de Tus posesiones.

<sup>25</sup> He allí el mar, grande y anchuroso,

En el cual se mueve un sinnúmero

De animales tanto pequeños como grandes.

<sup>26</sup> Allí surcan las naves [barcos],

Y el Leviatán que hiciste para que jugara en él.

Claramente, el mar y las criaturas marinas dan testimonio de la grandeza, majestuosidad y belleza de Dios. Cuando consideramos la ballena azul, de una longitud de un tercio de un campo de fútbol, no podemos evitar sentir asombro. ¿O a quién no le impresionan los tiburones? Pero observemos detenidamente el versículo 26. El salmista pone dos cosas en paralelo: los barcos y el Leviatán. Los libros poéticos, como los Salmos y Job, e incluso algún que otro libro profético, hacen referencia a esta criatura, el Leviatán. No ha faltado la especulación sobre la identidad exacta de esta criatura. ¿Es una gran ballena? ¿Es un dinosaurio? ¿Un calamar gigante? Lo que sabemos con certeza es que el Leviatán nos deja sin aliento. Probablemente usemos la palabra impresionante con demasiada frecuencia y la hayamos despojado de su fuerza retórica. Pero en este caso la palabra es adecuada: el Leviatán es impresionante.

Al Leviatán también le gusta jugar. No podemos pasarlo por alto. Jonathan Edwards, al escribir sobre la araña voladora, señaló que cuando esta araña volaba tenía una sonrisa en su rostro. Esto llevó a Edwards a concluir que Dios proveyó “para el placer y la recreación de toda clase de criaturas, incluso los insectos”.<sup>2</sup> Incluso para el Leviatán. Y luego está la otra criatura en el versículo 26. Esta criatura es hecha por el hombre: “Allí van los barcos”. La creación de Dios y nuestra creación se colocan una al lado de la otra, en paralelo. El salmista se maravilla ante Leviatán, y el salmista se maravilla ante los barcos. Dejemos que esto penetre en nosotros. ¿Cuán misericordioso es Dios con nosotros que se inclina para ver nuestro trabajo como algo que tiene un valor verdadero y real?

Descubrimos, al seguir leyendo este salmo, que hay más aquí que gigantes naturales y artificiales cruzando mares y jugando en las olas. En los versículos 27-28 nos dice: “Todos ellos”, refiriéndose a todas las criaturas de Dios, “esperan en Ti, para que les des su comida a su tiempo. ... Abres Tu mano, se sacian de bienes”. Obtenemos placer, nos sentimos realizados, obtenemos significado de nuestro trabajo. Reconocemos los dones que Dios nos ha dado, los recursos que Dios nos ha dado, y luego vamos a trabajar. Y entonces estamos satisfechos. El vino alegra nuestros corazones (v 15). Nuestras creaciones, las obras de nuestras manos, nos asombran. Aviones, trenes, automóviles y barcos. Y libros y discos y acuerdos de venta y negocios,

---

<sup>2</sup> Jonathan Edwards, “The Spider Letter”, en *A Jonathan Edwards Reader*, Smith, Stout, and Minkema, Editors, Yale University Press, 1995, 5.

edificios, escuelas y universidades, iglesias y ministerios: todas estas obras de nuestras manos nos asombran y nos traen un profundo gozo. Todas son un don de Dios. Si estás buscando motivación para tu trabajo, la has encontrado.

Todos estos son resultados de nuestro trabajo. Pero ninguno de ellos es el fin principal o el resultado final de nuestro trabajo. El fin principal de nuestro trabajo viene en el versículo 31: “¡Sea para siempre la gloria del SEÑOR! ¡Alégrese el SEÑOR en sus obras!”. Nuestro trabajo tiene significado. Nuestro trabajo apunta hacia Aquel a cuya imagen estamos hechos. Mientras trabajamos, le damos gloria a Dios. Mientras trabajamos, Dios se deleita con nosotros. Ahora hemos dado con nuestro legado. “Allí surcan las naves”. Barcos que construimos y seguiremos construyendo. A Dios sea la gloria.

Pablo lo dice claramente: “Háganlo todo para la gloria de Dios” (1Co 10:31). Esto sin duda se aplica a nuestro trabajo. Deberíamos, como Johann Sebastian Bach, poder poner dos juegos de iniciales a todo lo que hacemos: nuestras propias iniciales y las iniciales SDG, *Soli Deo Gloria*. Y al hacerlo, descubriremos que las palabras del salmista se hacen realidad. Descubriremos que el favor de Dios está con nosotros y que Él, por Su gracia y para Su propia gloria, está confirmando la obra de nuestras manos.

—

Stephen J. Nichols es presidente de Reformation Bible College y director académico de Ligonier Ministries. Ha escrito más de treinta libros, entre ellos *R. C. Sproul: Una vida*. Es el editor general de Biblia de Estudio de la Historia de la Iglesia. Presenta el podcast 5 Minutos en la historia de la iglesia.